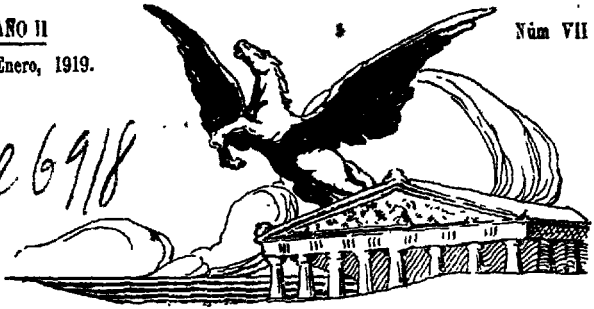
AÑO II
Enero, 1919.

Núm VII



e 6918

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wilfredo Pi — Montiel Ballesteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

APOSTILLAS SHAKESPERIANAS

FALSTAFF

El de Enrique IV es el verdadero Falstaff. *En las Alegres Comadres de Windsor* está adulterado. Allí sirve de groseras burlas, como el *Don Quijote* de la primera parte cuando aún Cervantes no se había enamorado de él. Es un viejo pasivo; no muestra su personalidad.

El anciano rey Enrique IV subió al trono de Inglaterra ayudado por nobles valientes y quisquillosos, para los cuales fué ingrato y aún infidente. Una insurrección de los políticos disgustados no tardó en estallar y generalizarse, como quien dice una rebelión sudamericana, cuando todavía éramos Sud América. Tomó parte en ella el más valiente de los guerreros, Enrique Percy, hijo, apellidado *Espuela Ardiente*, porque su heroísmo no tenía descanso, y el Arzobispo de York, prelado respetable y prestigioso. La Inglaterra del siglo XV era todavía católica.

Fácilmente, los resentimientos personales provocaban una revolucioncita, según la frase de Sarmiento, muchas

veces eficaz contra poderes públicos débilmente constituidos. La Argentina y el Uruguay pasaron por esos trances. Y hace poco el Paraguay y el Perú nos mostraban todavía el espécimen ancestral.

Con pretesto de dar satisfacción a justas reclamaciones y susceptibilidades heridas,—el Rey produjo una tregua entre los beligerantes, la que luego violó con infidencia, para vencer a los rebeldes. La falsía política ha desempeñado y todavía desempeña un papel preponderante. La teoría de la sinceridad privada y pública se robustece, por el mayor contralor de las sociedades democratizadas que se muestran hostiles ahora hasta con la diplomacia secreta; pero aún hay mucho arco de evolución que recorrer.

Las imperfecciones personales y sociales la producen, como fuerza compensadora que desde luego pierde poco a poco su valor. Los rebeldes fueron derrotados y diezmados; su jefe militante—Espuela Ardiente—muerto. La monarquía y la dinastía quedaron consolidadas.

Los personajes de este drama histórico están pintados a lo Shakespeare, cuya mirada y cuyo pincel va hasta lo esencial.

El rey no es figura descollante. El príncipe de Gales, el futuro Enrique V, aparece más interesante. Es un jóven travieso, disipado, irresponsable. Nosotros también tuvimos al engreído, como «hijo de Presidente». Es un trasnochador impenitente, mujeriego, aprovechador de salteamientos de caminos, aunque muestra su buen natural pagando o indemnizando los perjuicios.

Entre sus compañeros de truhanería, descuella a inmensa altura el tipo más característico del drama, el inconfundible Falstaff, Sir Jhon Falstaff. Sólo Sancho Panza puede comparársele en las regiones del arte. Es superior en la escala social a Sancho, quien no tuvo, según su propia confesión, en toda su parentela *dones ni donas*, mientras que aquél era *Sir*.

El vientre le rebalsa cuando se sienta, y está casi siempre sentado. Le llaman de muchos modos sus compañeros de jarana: Monseñor Remordimiento—«Juan Jerez con azúcar»—«Otoñada primavera»—«Tripón, cebón, carnaza, aplanador de colchones».

Bebe siempre, pero buen Jerez, como predilecto compañero del sonriente heredero del trono. Come con buen diente, ama de paso a mujeres de posada, «más públicas que el camino que va de Canterburry a Londres». Dicen que vendió su alma al diablo en un viernes santo, por un vaso de vino y la pata fiambre de un capón.

Habla de coraje, y es un poltrón, característica que al fin y al cabo él no teme que se sepa. Cuando sabe que son ocho o diez los peregrinos a quienes deben asaltar esta noche, él exclama: ¡Voto al diablo, quizá nos roben ellos!

Es un saco de vicios y *non curanzas*; pero simpático y atractivo. Le sobra talento y gracia. Trata con la mayor confianza a Enrique; pero no salva los límites de un respeto de súbdito. Invita al príncipe a un asalto nocturno, bajo pena de que si no acepta la partida, no tendrá hombría de bien ni compañerismo.

Confiesa que está condenado a robar en compañía de ese cachafaz de Ponis: hace veintidos años que abjura cada día de tal compañero, desgraciadamente en vano. Termina, en todo caso, por renegar de los ladrones que no son leales entre sí.

Sigue la corriente de las conversaciones. Se alaba; pero si se le sorprende en *infraganti* mentira,—no tiene empacho en invertir el razonamiento, para disculpar la ausencia de la virtud de que falsamente se ensalzaba, o el defecto que con fingida austeridad reprendía en los otros.

Que lo ahorquen si no es lo mismo para él el *sí* o el *no*.

Con tal de salir bien del paso o de pasar lo más cómodamente posible, se amolda a todo; pero con cierto aire de gran señor, de dirigir los acontecimientos que lo arrastran.

Es cierto que huyó, según lo han descubierto sus com-

pañeros; pero después de haber derrotado hipotéticamente a cientos de enemigos, y sólo por haber sido arrollado por cientos más, es decir, por uno.

Su destino ha sido cruel: se codeó siempre con gente más dispuesta a pegar que a hablar, a hablar más que a beber, a beber más que a rezar.

Está convicto y confeso de todas la truhanerías imaginables, y sigue con la cabeza levantada, salvo que la digestión o la embriaguez lo hagan roncar panza arriba.

La fuerza de su vida engendra una filosofía para su propio uso. No pretende, como se supone, ser un santo, por más que ha de proyectar durante un cuarto de hora pasar por tal, ante quien no lo conozca; pero sólo por quince minutos que bastan y sobran para que contradiga su discurso sobre la temperancia y el heroísmo: es suficiente para ello un vaso de Jérez visto en lontananza, un biftec, un asomo de amenaza, o una simple contradicción.

Sobre el honor tiene ideas unipersonales. ¿Qué es el honor? Un hilo en el aire, una ilusión que flota y se desvanece.

Algunas veces parecería que se propusiese comprar provisión de buena fama. Pero es intención tardía y, sobre todo, muy precaria: sombra que se desvanece al asomar.

El príncipe, su compañero de parrandas, lo ha pintado. ¿Qué le importan a Sir John Falstaff las horas del día en que vive? A menos que las horas se trocaran en copas de Jérez, los minutos en capones, los relojes en lenguas de terneras, las agujas en lupanares, y el bendito sol en bella y ardiente moza con traje de tafetán color de fuego.

Con la obesidad y los años, el amor cedió a la gula, y los arenques al vino fino, si fuese posible, pero en todo caso al vino.

Mas no hay que engañarse con Sir John. Si ha sido un esclavizado de los dos instintos más enérgicos de la naturaleza humana, tiene en cambio mucho ingenio y mucha despreocupación para lucirlos sin prejuicios. Lleva con epicureísmo sus defectos y aún vicios: pero se defiende sin hacer profesión de abogado o moralista. Luce quites gallardos, fintas elegantes y unos peligrosos «a fondo» que, por el ridículo, pueden dejar fuera de combate al adversario, ya se trate del acreedor que le reclama las mil libras que jamás verá, de la posadera, a quien debe meses de pensión, y, además, su honra que le quitó bajo promesa de matrimonio, o del juez que pretende aplicarle reglas procesales demasiado inflexibles y concluyentes.

Si la leva que él organizó por mandato real, no produjo sinó reclutas hambrientos y desarrapados, pues que los que pudieron derrochar propina se exceptuaron fácilmente del servicio,—él lo culpa a la deficiente organización social que no iguala a todos ante los deberes militares.

Una sola vez se chasqueó irrevocablemente Sir John. Recibe la noticia del advenimiento al trono de Enrique V, su antiguo travieso camarada. Desde ese momento, Falstaff se reputaría un egoísta si no repartiera empleos jugosos a los bellacos de su posada. Las leyes de Inglaterra iban a estar bajo sus órdenes.

Pero Enrique es ya rey de Inglaterra y será un gran rey. No admite con el primer saludo, la última chanza del viejo vividor, y ordena sobre tablas su destierro hasta que purgue las irregularidades de su vida pasada, es decir, es la condena del infierno eterno.

No es el primer contraste; pero es el golpe definitivo. Lo recibe con su escéptica bonhomía. Nunca estuvo ni quiso estar en contradicción con su temperamento. No luchó con el destino. Siguió sonriente las aguas que lo llevaban río abajo. Así llenó su sector de vida con irregularidades e ingenio, y mostró experimentalmente que el menor fragmento de existencia es infinito, como todo lo grande y todo lo pequeño que el Universo encierra.

B. Aires. J. ALFREDO FERREIRA.

PANTEÍSMO

Quién pudiera tener el alma como esta
Mañana de Setiembre, clara, fresca, gloriosa,—
Donde el azul y el verde y el oro hacen la fiesta
Del color en una égloga húmeda y luminosa.

Ser árbol, pasto, nube !. . Como una gloria anhelo.
Transustanciarme ya me siento en toda cosa. .
Cómo, si fuera agua, ascendería hasta el cielo;
Me desharía en perfumes si me supiese rosa;

Brisa, acariciaría todo con suaves sedas;
Arbol, daría mi sombra, y si fuera camino
Me perdería cantando entre las arboledas,
Floreciendo aventuras para algún peregrino !

Ser humo azul que al aire dulcemente se entrega
Y habla de paz doméstica, de dicha campesina.
¡ Oh, quietud de la rústica casita solariega !
Ser en el mar azul esa vela latina,

Que arrastra un barquichuelo no a conquista, a faena .
Ser ese trino loco que con el viento pasa
O ser como esa azul infinidad serena
Que en fervor religioso el alma nos abraza !

Oh, yo ya sé que tengo el alma como esta
Mañana de Setiembre, pánica sinfonía,
Donde el cielo y el mar y el prado hacen su fiesta
Que, siento, va infiltrándose leve en el alma mía.

Tengo frescor y sombra, soy un ritmo y un rielo;
Soy árbol, pasto, nube, rosa y azul sereno;
Miro con una diáfana contemplación de cielo,
Palpito de esperanzas y me aduermo de olvido. .

De las cosas del mundo, que caben en mi seno,
Interpreto los íntimos y callados amores,
Y mi alma está temblante como si fuese un nido
Como si fuese un lírico nido de ruiseñores !

MONTIEL BALLESTEROS.

UN VIERNES EN LO DE DURMIEZ

(*Cuento*)

Todos los Viernes solíamos reunirnos en lo de José M. Durmiez, el célebre pintor cuyos retratos son la admiración de todos, un núcleo de gente bastante heterogéneo, médicos, literatos, maestros, músicos,—a quienes unía, sin embargo, una entusiasta inclinación por las cosas del espíritu.

Solterón empedernido,—solterísimo, como decía él para amenguar la violencia del término,—aunque profundamente enamorado siempre de algunos ojos verdes u oscuros que había seguido toda una tarde, Durmiez, necesitado de dar su amor a algún ser, después de la muerte de su madre había adoptado a un niño de siete años, de nombre Elías, el que, los Viernes, iba circulando de rodilla en rodilla, poniendo, con su gracia infantil, un bello rayo de sol en la penumbra un tanto severa de la sala.

En verdad eran encantadoras aquellas sesiones de «La tarasca», como por moción del propio Durmiez, habíamos bautizado las reuniones de su casa; nada de extraño tiene, pues, que, a cada semana, se multiplicara el número de concurrentes.

En uno de esos Viernes, y como la conversación girara sobre el grado de veracidad que podrían tener ciertas historias extraordinarias, resolvimos contar cada uno algún suceso misterioso de su vida.

Entonces un señor de treinta años, mas o menos, que asistía por primera vez a la reunión y cuyo nombre me era desconocido, exclamó: «soy yo, sin duda, el que debo empezar, pues estoy cierto de que, ni remotamente, ha

sido ninguno de los que están aquí presentes protagonista en un hecho semejante al mío.»

Y, sin mas preámbulo, comenzó a narrar la siguiente historia:

«A los veinte años tuve mi primer ataque de cólico hepático. Un lustro entero peregriné por los consultorios de los especialistas mas afamados, me sometí a los regímenes mas severos y al fin, como, a pesar de todo, los ataques se repetían, cada vez mas dolorosos, decidí operarme.

No tengo necesidad de decirles que en esos cinco años me había leído cuanto tratado de patología hepática existe y que me sabía al dedillo todos las consecuencias a que podía dar lugar una operación tan importante como la abertura de una vesícula biliar; pero todo, hasta la muerte misma, me resultaba preferible a aquella maldita vida que llevaba.

Entré pues, para ser operado, al sanatorio del Dr. Silva que era en mi opinión, y continúa siéndolo todavía, el mejor cirujano de Montevideo.

La mañana de la intervención me levanté tranquilo. Por mis propios piés entré en la imponente sala de operaciones, después de haberme despojado de mi pijama en una antesalita. Sonriendo me acosté en la mesa, mientras cirujanos y ayudantes se lavaban las manos y disponían sobre las cubetas los instrumentos necesarios. Por cierto que durante mucho tiempo se me quedó desagradablemente impreso en el oído el ruido metálico de las pinzas y demás accesorios quirúrgicos.

De pronto el Dr. Silva, dirigiéndose a uno de los ayudantes que estaba a mi lado, exlamó: «puede empezar», y este luego de ponerme un poco de vaselina en los labios, ojos y naríz, me dijo, con cierta prosopopeya imperativa: respire fuerte; al punto que me acercaba al rostro una franela rociada con cloroformo.

Yo estaba dispuesto a acatar todo lo que se me dijera. Respiré profundamente, pues. Todo marchaba, a mi parecer, a pedir de boca, cuando sentí que el cloroformizador gritaba con una voz llena de espanto: — Doctor !, Doctor !, un síncope.

Inmediatamente noto que me rodean. Me abren violentamente la boca, me atraviesan la lengua con una pinza y la empiezan, ritmicamente, a hacerla entrar y salir. Dos ayudantes me toman los brazos y con una constancia de locos, me los juntan y separan sucesivamente. La angustia se reflejaba en todos los rostros y lo curioso era que yo quería tranquilizalos, decirles: estoy perfectamente bien, no se aflijan... pero no podía ni pronunciar una sílaba, ni ejecutar un movimiento.

De cuando en cuando paraba aquel jadeo macabro de lengua y brazos y uno decía: no respira; y otro, poniéndome el oido en el corazón: no palpita; y otro, tocándome la pupila con el dedo: no reacciona. Excuso añadirles que en los brazos y las piernas sentía continuamente el picoteo de las agujas por las que se me inyectaban cuanto veneno imaginable hay.

Trajeron una máquina eléctrica. Todo era en vano, a cada tres minutos el «no respira», «no palpita», «no reacciona», ponía una terrible depresión en todos. Y la tracción de la lengua continuaba, pero, a medida que la esperanza se perdía, se perdía también toda dulzura. Yo notaba que a cada tracción la lengua se me estiraba poco a poco y me espantaba el pensar que ya jamas me iba a caber dentro de la boca. Este era el único temor que sentía y hasta, en verdad debo confesar, me producía cierto perverso placer el contemplar a aquellos hombres tan afanados en quererme hacer respirar, palpitar y reaccionar, cuando tenía el convencimiento absoluto de que respiraba, palpitaba y reaccionaba como cualquier otro mortal.

Pero donde realmente me espanté, fué cuando oí preguntar a uno: ¿y el masaje directo del corazón, Doctor? Entonces tenté gritarles con todas mis fuerzas: «Eh !, no sean bárbaros !, no hagan eso !... pero inmediatamente sentí penetrar el bisturí y atrás de él, la salvaje mano. No se puede concebir nada mas horrible que un manoseo del corazón; esto, si, verdaderamente me desvaneció.

Cuando volví en mi, me encontré solo en aquella maldita sala. Respiré hondamente y como si nada hubiera pasado me levanté de la mesa, pasé por la antesalita en donde había dejado el pijama, que, por otra parte, ahora me resultaba del todo innecesario, y, ebrio de sol y aire puro, salí al exterior.

Me encontraba perfectamente bien, sin ninguna herida y solo un pequeño dolor de la lengua, que por fortuna me cabía holgadamente en la boca, era lo que me quedaba de las vicisitudes pasadas.

Lo raro era que yo no estaba en la ciudad, sinó en medio de un campo que me era en absoluto desconocido; pero como el placer de encontrarme salvo superaba a todo lo demás, no me interesaba nada averiguar donde, ni cómo, ni porque estaba allí. Atiné a gozar de mi libertad corriendo alegremente. Nada noté en mi de anormal a no ser una mayor agilidad y un cambio en la forma de la sombra que proyectaba sobre el suelo, la que me pareció mas plana que de costumbre.

En esto veo aparecer en un recodo del camino a Sultán, un viejo perro perdiguero que había enterrado con mis propias manos hacía mas de cuatro años. En verdad era mucho mas pequeño que antes y tenía ahora toda la apariencia de un bulldog, pero ni por un momento dudé que era él y menos cuando lo ví saltar y venirme a lamerme las manos con la fidelidad y el cariño antiguo. Todos sus movimientos reflejaban el placer de encontrar a su viejo amo. A mi también me halagó sobremanera hallarlo en aquel sitio y una vez que le hube acariciado

sentí un loco deseo de cazar juntos como lo habíamos hecho por los montes y campos solariegos del Dayman.

Con Sultan al lado, penetré en un monte próximo dispuesto a cazar y mientras escondido esperaba alguna presa, me preguntaba, un tanto perplejo, de que modo iba a cazar sin balas y sin fusil, si bien tenía el pleno convencimiento de que nada de eso necesitaba *ahora* para cazar.

Y así fué. Acertó a pasar una liebre por allí y en un abrir y cerrar de ojos caigo sobre ella y la volteo. En ese instante desvié mis ojos hacia Sultán, que se había puesto a reír y a saltar como un niño que estuviera gozando de antemano el efecto de una sorpresa y cuando los volví para concluír con la liebre noté estupefacto que este tenía una mirada tan profundamente humana y familiar que me dió miedo de matarla y la solté.

Parose la liebre enseguida, continuó mirándome un buen rato, como gozándose de mi estupor y después me dijo compadecida: si, soy Enrique, tu viejo amigo Enrique, no pienses mas. »

¡ Dios del cielo ! Era de Enrique, si, esa mirada, de Enrique aquel lejano amigo de la infancia, aquel pobre muchacho de alma tan romántica que al primer revés del amor se había suicidado en el Durazno hacía muchos años.

El pavor casi me hizo caer y con un asombro trágico le pregunté: «Pero tu, Enrique, ¿ no habías muerto ?

Hacía poco precisamente que había leído el cuento de Conan Doyle, en el que cierto sujeto colocado en el mismo trance hace idéntica pregunta y nadie sabe lo que sufrí al pensar que a mi como a aquel personaje novelesco se me pudiera contestar: y tu también.

Pero mi amigo, apiadado de mi terror, me dijo simplemente: « no hablemos de eso ahora « y luego, desviando hacia otro lado la conversación: « parece que tenías apetito, eh ? Almorzaremos juntos hoy », y obligándome a

caminar a su lado me hizo penetrar en el monte. Nos sentamos debajo de unos árboles y mientras Sultán buscaba comestibles para el almuerzo, Enrique me preguntó:

—« Y como van las cosas por allá ?

—Por donde ? — le repuse.

—Por la tierra.

—Ah ! — le contesté, — así, así.

—Siempre hay suicidas y enamorados, por supuesto.

—Siempre.

—Aquí los seres son mucho mas cuerdos que allá.

—¡ Cómo, aquí ! — exclamé sobresaltado, — ¡ donde estoy pues ?.

—A unos cuantos miles de kilómetros de tu Montevideo, sin duda, mi querido Julián y luego sin darme tiempo a pedirle explicaciones, añadió: pensar que yo un día me suicidé por Ana, ¡ que imbecil !.

—¿ Estás arrepentido ahora ?

—Arrepentido, no. Se pasa mejor aquí que allá, pero no valía la pena.

—De morir por ella ?

—¿ Que es eso de morir ?, de transmutarme en todo caso, como dirían por allá.

—No comprendo.

—Tampoco es muy feliz, aún aquí mismo, ser liebre, ya lo vés. . y luego añadió mirándome de arriba a abajo: pero sabes que en verdad no te queda mal tu nuevo estado.

—¡ Cómo, mi nuevo estado !

—Ah, pero tu crees que eres un hombre todavía, mi querido Julián.

—¿ Que soy entonces ?

—El mas hermoso de los orangutanes.

Instantáneamente me palpé. Tenía el dorso velludo y las manos y los piés iguales a los de los simios. Cuando, helado de espanto, alcé los ojos y quise interrogar a Enrique ya este había desaparecido, como Sultan y el mismo monte.

Con toda la angustia que pueden imajinarse hice un enorme esfuerzo como si quisiera libertarme de mi nueva forma, me golpié vigorosamente el rostro y nadie se supone el alivio que experimenté al encontrarme frente a mi cirujano que palmotéandome la cara me decía: «todo ha marchado perfectamente, amigo mío, era un verdadero pedregullo su vesícula»...

Entonces el pequeño Elías, que había escuchado toda la historia con los ojos profundamente azorados, le preguntó al narrador: «¿Pero usted no había muerto, no es verdad?». Todos reimos de aquella ingenuidad infantil; pero el interrogado, con una seriedad y una certidumbre que nos heló la risa y nos hizo mirarle con un poco de desconfianza, contestó: «yo tengo la convicción absoluta de que, al menos durante una hora larga, estuve positivamente muerto.»

JOSÉ MARÍA DELGADO.

DIÁLOGOS

Tú me dijiste: — Amigo,
defíneme el Amor.
Hubo una larga pausa... nos miramos...
nos miramos muy hondo... Luego yo:
— ¿Sabes ahora, amiga?
Y arrebolada tú por la emoción:
— Sí! dijiste muy quedo,
temblándote la voz.

***

Te interrogué: — ¿Qué lees? Y tú, ingenua:
—«Las Demi-Vierges» por Marcel Prevost.
Y otra ocasión: — ¿Qué lees? Y tú, pícara:
—«Los Cuentos de Perraul».

***

Mi alma y mi corazón así dialogan:
—Hermano, ¿y nuestra amada?
—Hermana, no sé nada.
Y luego me interrogan:
—¿Dónde está, dónde está?
Y yo, simple, respondo: — ¡Ya vendrá!

ERNESTO MORALES

¡SALVE FRANCIA!

¡Oh bella y dulce Francia, patria universal, sol de las naciones, eje de la historia, vieja madre de la ciencia y el pensamiento!—después de desangrarte en cruentos combates; después de mil legendarias batallas, dignas de ser cantadas por los Homeros y los Hugos del porvenir; después de haber librado la gran jornada de la raza humana, la jornada de la libertad, la justicia y el derecho; después de ver convertidas en ruinas y pavesas muchas de las industriosas y bellas ciudades y aldeas, derrumbadas y en escombros tus históricas catedrales, devastados y asolados tus viñedos y tus mieses; has surgido esplendente, triunfadora y más grande que nunca, entonando por las bocas febricientes y entusiastas de millares de tus cruzados valerosos, que en tu defensa blandieron denodados los heroicos aceros de Bayardo y de Rolando, las notas candentes y arrebatadoras del grandioso canto épico republicano, símbolo eterno del triunfo y de la gloria.

Sobre las históricas ruinas de la sombría y trágica fortaleza de tus viejos reyes, sobre los escombros de la inmortal catedral de Reims y de la inexpugnable fortaleza de Verdun, la moderna Troya, flotan las notas marciales y electrizantes de tu himno glorioso, como las sonoras alas de mil pájaros de luz que acariciaran amorosas y trémulas las tumbas tristes y solitarias de los que han sucumbido heroicamente por la patria.

Tu triunfo es la redención de la humanidad, pues tu alma y tu corazón son el corazón y el alma del mundo.

Entre la tromba de metralla, de gases asfixiantes y líquidos inflamables, entre las ruinas y desolaciones de la

guerra, entre el toque de muerte de estridentes clarines, entre los estragos y alaridos de la horrible matanza, entre el rugido de la salvaje hecatombe, entre el caos de los épicos choques, entre el infierno de cobre y de bronce, has florecido Francia, como una exótica planta entre la lava del volcán ardiente, más hermosa y sublimada, más vigorosa e invencible, preparada a excelsos e incógnitos destinos, como una gestación profética, magna y augusta de la madre humanidad!

Muchas gloriosas naciones ¡oh Francia! han escanciado en un tu cráter de oro el rojo Falerno del triunfo.

Bélgica, sublime y heroica, gloriosa y mártir, es la primera en presentar su pecho como un broncíneo escudo, para que contra él descargue sus rudos golpes el armipotente monstruo alemán, y con su valor y su sangre salva la causa de la civilización de la humanidad.

En cada palmo de tu fecundo suelo, Francia inmortal, surge un Aquiles, y los Foch y los Joffre oponen una muralla de acero y de fuego, contra la que se estrellan y despedazan las hordas implacables, sanguinarias y bárbaras de los teutones, de los herederos de Atila y Tamerlán, de los que han dejado la tierra colmada de tumbas y de cruces, de ruinas y de sangre, de los que insensatos y criminales, han violado la fé jurada, han roto los tratados, han escarnecido los más sagrados derechos del hombre y de las naciones, han destruído sistemáticamente los recuerdos históricos, han depredado los artísticos tesoros, han segado vidas inocentes de ancianos, mujeres y niños, sembrando por doquier, luto, desolación y muerte.

París demuele la Bastilla y Berlín demuele el Partenón!

Inglaterra, con su indomable energía y su formidable escuadra, embolsa en red de acero los submarinos enemigos, esos monstruos fantásticos e invisibles con que se amenazaba dominar los mares, reduce a Alemania por el hambre, y con voluntarios bisoños e indecisos, transfor-

mados en corto lapso en veteranos e intrépidos soldados, inflige al formidable enemigo, en tus campos ¡ oh Francia ! derrota tras derrota, contribuyendo así al triunfo definitivo de la libertad del mundo.

Italia, la patria del arte, también tiene su Tirteo, su gran poeta-soldado, a cuyos cantos bélicos, como un solo corazón y una sola alma, se arroja denodada al combate, asesta un golpe de formidable ariete a la carcomida monarquía austriaca, la hace bambolear y por último caer estrepitosamente, facilitando el triunfo de la gran causa aliada.

Estados Unidos de Norte América, que jamás ha olvidado que ganó su independencia con ayuda de sangre francesa, entra en la lid, generoso, noble y valiente, guiado por el más puro desinterés, impulsado por los más nobles ideales, por el triunfo de la libertad y de la democracia, y su intervención en la sangrienta lucha, en momentos de indecisión y de duda, cuando el osado y presuntuoso enemigo pregona a todos los vientos, con soberbia y suspicacia, su soñada victoria, decide de la colosal contienda, favoreciendo con su bravura y con su empuje, el desarrollo del brillante plan de contraofensiva forjado por el genio guerrero de tu generalísimo, que matemáticamente conduce al triunfo más decisivo y completo, al ejército glorioso de la libertad.

La bandera invicta de Wáshington se cubre de gloria inmortal en tus campos de batalla ¡ oh Francia ¡ y sus luminosas estrellas enceguecen y abaten a las carniceras águilas imperiales.

Derrumbado estrepitosamente el cesarismo alemán, brilla como una antorcha poderosa iluminando al mundo, tu alma ¡ oh Francia ! y tus gloriosos soldados, arquetipos ancestrales de valor, patriotismo, energía y estoicismo, vuelven después de mil homéricos combates rudos y cruentos, en la tierra y en los aires, con los rostros encendidos en un resplandor glorioso de bronce, con los ojos

llenos de luz, el corazón lleno de infantil alegría y las manos llenas de palmas y de flores.

¡ Oh bella Francia, nación sol, faro de la democracia, patria de la libertad !—después de la guerra, cuando ésta sea imposible de hecho y en derecho, por la liga fraternal de las naciones, cuando sea definitiva e inalterable la paz entre los pueblos, cuando al siniestro tableteo de la metralla, al ensordecedor estampido de los cañones y al horrendo alarido y vibrante clangor de la pelea, suceda el resoplido de los motores en las fábricas, el golpeteo del martillo en el yunque, el canto triunfal del gallo y el alegre repique de las campanas; cuando al imperio del rencor, del odio y de las máquinas homicidas, suceda el triunfo de la razón y del libro, de la fraternidad y del amor, resurgirás a la vida, como lo profetizó un día el príncipe de tus poetas: tan grande, tan purificada, tan esplendorosa, que dejarás de ser Francia para ser Humanidad !

E. D. Forteza.

Buenos Aires.

EL AMO DE TODOS

Este fragmento corresponde a una tragicomedia inédita, que pertenece a uno de los escritores nacionales que evidenciaron hacia el teatro una vocación mayor. La escena reproducida, por tener sentido propio y autónomo, es a propósito como para publicarlo aislada en una revista como la nuestra.

ACTO I

ESCENA II

Dichos—Tibaldo—Odilón—Después Clotaldo y Lidoro que entran discutiendo.

TIBALDO (Hacia afuera)

Qué ruido es ese, Odilón?

ODILON (Entrando por el foro).

Son dos pastores villanos,
que se entraron de rondón,
y quieren irse a las manos;
los dos hablan a la vez,
pero saco en consecuencia
que tienen una pendencia,
y te han designado juez.

TIBALDO

Hazlos entrar.

ODILON

Se te olvida,
señor, que vas a partir!

TIBALDO

Pues se aplaza la partida

si hay un deber que cumplir.
Hazlos entrar.

(Vase Odilón. Luego aparecen Clotaldo y Lidoro, discutiendo acaloradamente).

LIDORO (Adelantándose)

¡Oh, señor!
Yo necesito de tí;
Este hombre...

CLOTALDO (interr,)

Por favor,
óyeme primero a mí!

LIDORO

No, a mí!

CLOTALDO

A mí!

LIDORO

Tú mientes!

CLOTALDO

El mentiroso eres tú!

LIDORO

Qué miento! Por Belcebú!

TIBALDO

Calma, amigos! Sois ardientes...

LIDORO

Perdón, mas cuesta trabajo
soportar tanto cinismo!

CLOTALDO

Jamás ví tal desparpajo!

TIBALDO (severo)

Cómo! Volvéis a lo mismo?
Callad; (callan) Habla tú, Lidoro.

LIDORO

Señor, yo tenía una vaca
que era para mí un tesoro;
la aseguraba a una estaca

de noche, pero de día
libre en el prado pacía...
Tornaba al atardecer
Ella solita a su estaca...
Qué vaca!... Sin ofender
a nadie, señor, qué vaca...!
Cierta vez aconteció
que a la estaca no volvió...
Registramos la pradera
brizna por brizna; los bajos,
los collados, los atajos...
mas de la fiel compañera
ni la osamenta encontramos;
en casa, todos lloramos...
No volverla a ver jamás!
Juzga de nuestro dolor:
era una persona más
en la familia, señor!
Pero Dios ya conjuró
las malas artes del diablo:
Clotaldo me la robó,
la tiene atada en su establo!

TIBALDO

Juras decir la verdad?

LIDORO

Lo juro, y lo juraría
sin parar en todo el día,
si hubiere necesidad!

CLOTALDO (a un ademán de TIBALDO)

Señor, sólo sé decir
que es mía desde becerra,
que yo la he visto en mi tierra
nacer, medrar y parir...
Ni me gana por amor,
Lidoro; juzga, señor,

cómo la debo querer,
que si en alguna querella
fuese forzado a escoger
entre aquélla y mi mujer,
me quedara con aquélla!
Por jurar que no hay engaño
en lo dicho, juraría,
no como Lidoro, un día,
yo jurara todo el año!

TIBALDO

Amigos, vuestra cuestión
es de clara sencillez,
mas errasteis la elección
del que debe ser su juez...

LIDORO

Quién podrá ser juez mejor!?

TIBALDO

La misma vaca en litigio...

LIDORO

Sólo un milagro, señor!

TIBALDO

Haya fé, y habrá prodigio...
Toma la vaca, criado,
y vé a soltarla en el prado.
La vaca, al atardecer,
con pie firme, sin dudar,
por hábito ha de volver
a su redil familiar.
Vosotros aguardaréis,
tú, en tu establo; tú, en tu estaca,
y ni un instante dudéis
del buen fallo de la vaca.

CARLOS M. PRINCIVALLE.

HISTORIA VULGAR

Anochece. Bajo el gris progresivo del crepúsculo triunfante, vomita el taller la recua joven y algarera.

I

. . . . . .

—No; no se vaya; articuló, reseca la lengua por la abrasada respiración del seno naciente: bajo el percal rosado de su bata, se dibujaban sus acelerados movimientos.

—Creí que me desairaba como las otras tardes y pensaba no volver; pero, ahora,... y se acercó más de lo que había estado aquel y los otros días, murmurando quedo, muy quedo, palabras de pasión que irruían de sus labios, atropellándose. Ella acortó el paso, casi se detuvo, prosiguiendo lentamente luego, entornó los párpados, bajó la cabeza y, trémula, estuvo a punto de dejar caer el guardapolvo que llevaba envuelto, mientras se sonrojaba hasta en el cuello. No pudo ver a sus compañeras pasar a su lado sonriendo picarescamente y mirando al galán con ávida curiosidad, inspeccionándolo en un segundo de pies a cabeza.

Aumentó él la verba y bajó aún más el diapasón, intentando hacer insinuante su discurso; no vió o no quiso ver a todas aquellas personitas, jóvenes y frescas, que en grupos o parejas pasaban, cuchicheando primero para reír libremente así que los dejaban atrás. No vió y no oyó o no quiso oír, dado afanosamente a su nueva empresa, que una voz femenil airada y sonora, decía en un grupo que se alejaba: ¡ A mi qué me importa, *d'él* ! ¡ si

le hice caso fué *pa* pasar el tiempo ! ¡ Se va a divertir, con esa pazguata ! ¡ Como la pretende *pa* casarse... ! Estas últimas palabras las ahogó un acceso de risa forzada.

—¡ Por lo que *vos sabés* ¡ puede ser que se case, respondió otra del grupo.

—¡ Si, jajai ¡, articuló la primera voz, perdiéndose ya en lontananza.

II

Media hora larga llevaban ya allí, en la solitaria acera del Instituto Normal, apoyando un hombro contra la pared como si la sostuviesen, el chambergo sobre los ojos y la cara sumergida en la sombra, él; mirándola ansiosamente, iluminada a lo lejos por la luz dudosa del arco voltáico, parpadeante, ella.

. . . . . .

—Me *dijieron* también que Vd. era *dotor de medisina* y que me *dragoneaba pa réirse* de mi.

—¡ Pero, Adelita, ¿ será posible ? ¡ murmuró meloso e insinuante y sonriendo a su pesar; ¿ ¡ será posible, prosiguió, que les crea más a ellas que a mi ! ? ¿ No le dije que soy tipógrafo de « La Tribuna » ? ¿ no se acuerda que le enseñé las reglitas de componer; y ¡ un doctor va a andar con eso en el bolsillo ! ?, y cruzó detrás sus manos blancas y cuidadas.

—*Sí*, articuló débilmente ella, dejándose convencer.

—Y, ¡ ¿ entónces ?. ¿ Acaso, dijo como fastidiado y triste por aquellas desconfianzas, yo andaría así, si fuese doctor ? Los doctores andan de parada siempre, y no usan *gacho*, concluyó dando a su voz el canturreo especial de los hombres del pueblo. Su rodilla audazmente llevada hacia adelante frozaba a intervalos, con un rozar dulce, uno de los opulentos muslos de su interlocutora.

. . . . . .

—¡ Salir, ¡ solos, así! a mi me da verguenza. Y ¿ si lo llegan a saber, en casa ? — ¿ ¡ Cómo lo van a saber ! ? Y aunque lo sepan, no dirán nada, ¿ no nos vamos a casar, en cuanto me hagan regente ?

—Si; pero todavía no lo saben.

—*Tenés* razón, dijo él aparentando convencerse. Y agregó después de un momento de meditación o de silencio: ¡ Ah, ya está ! podemos salir en coche; bajamos las cortinas y nadie nos verá. ¿ éh ? *¡ anímate !* concluyó, tratando de reprimir sus ansias.

Luchó ella un poco, todavía, pero cedió al fin, dominada. No podía decir que no; no podía mirar sin sonrojarse a aquel hombre e iba tras él a pesar del grito airado de su pudor, que se batía ahora en retirada.

III

—Ya sabe ? eh ?, si toco una vez, sigue; si toco dos, para.

—Si, señor.

—Y aunque se ponga un batallón delante, ¡ siga y no tenga miedo, que aquí tenemos con qué hablarle, si fastidia !, y levemente tiró hacia atrás el saco, dejando relucir el mango de una pistola. Esto, por si no lo sabes, pensó.

—*No* pierda *cuidao*, patrón, contestó el auriga sonriendo, y fruncía su cara de zorro en que, inquietos y penetrantes de mirar, brillaban dos ojillos grises.

Trescientos metros más allá; dos toques de silbato detuvieron el vehículo. Una jóven casi niña, cruzó de la acera apurando el paso y subió precipitadamente; vacilante en el paso, intensamente ruborizada, tropezó, al entrar, con la portezuela, que se cerró en el acto. Sonó un silbido, corrieron manos febriles las cortinillas, y a una gutural del conductor emprendieron los caballos su trote

desganado de tiro de alquiler, bajo el sol canicular de aquella tarde de Enero.

. . . . . .

Cuando, dos horas después, Adela, roja como una grana, entró a su casa, encerrándose inmediatamente para cambiar su ropa por la de diario, su imaginación, su ser todo, saboreaban todavía, en el recuerdo, las delicias de la más grande dicha que conociera hasta entonces, agigantada por su carácter de clandestina. Mas al aparecer ante sus ojos los vestigios reveladores, volvió a la realidad y los gritos de su pudor, sugiriéndole el cuadro de lo futuro, le hicieron romper a llorar amargamente, juzgándose irremisiblemente perdida. Loca de desesperación sepultó la cara en la almohada de su cama, para que no oyesen sus sollozos, y no fué bastante a restituir su tranquilidad el recuerdo arrobador de una promesa de matrimonio mil veces solicitada y mil veces reiterada aquella tarde, entre un turbión de caricias enloquecedoras.

Allá, en el extremo opuesto de la ciudad amodorrada en la calma enervante de aquel caluroso domingo de Enero, un hombre jóven abatido en un sillón por la laxitud del exceso del desgaste orgánico de horas antes, pensaba entre el halago de una victoria más: ¡ pobrecita; era muy jóven para dar trabajo ! Un rato después, enfrascado hasta perder las nociones de lugar y tiempo, leía ávidamente una obra de patología interna.

AMBROSIO L. RAMASSO.

ESFUMES DE ÓPALO

I

Con la faz maliciosa de bohemia
la luna me sonríe desde su orto,
y en la fontana del jardín absorto
diluye un lánguido fulgor de anemia.

Una música ignota se proemia:
mi corazón hacia el olvido exhorto...
El alerta de un auto, grave y corto,
rompe el silencio como audaz blasfemia.

El surtidor despierta la memoria,
mientras su afán en el tazón escancia,
de una doliente, incomprensible historia,

Y su argentino sollozar remeda
el empeño indolente de mi ansia,
entre una obscura sensación de seda.

II

En Great Falls rememoran los boscajes
la solemne quietud de edad antigua:
el dormido silencio lo atestigua
entre el glauco frescor de los ramajes.

Sordamente los rápidos salvajes
infunden una sensación ambigua
de letal impaciencia que, ya exigua,
se desmadeja en múltiples encajes.

Y, por entre los riscos berroqueños,
lucen blondas mujeres su arrogancia,
tal un radiante florecer de ensueños:

Mi esplín la flor de tu recuerdo exfolia
—y satura la brisa alba fragancia
de clavel, de geranio y de magnolia.

III

Ensueña todo en vago esfume lila:
el afán de una incólume esperanza,
me induce a perseguir en la añoranza
el cambiante color de tu pupila.

Y en tal deliquio mi ansiedad no alcanza
a comprender lo que mi esplín sigila;
señero, un astro en el Azul rutila;
no sé dónde solloza una romanza...

Pienso en tí, y una ráfaga ilusoria
alúmbrame el camino de la gloria:
cincelar un orfebre con anhelo;

—Así mi pensamiento lo idealiza:
el singular encanto de tu risa,
engarzado en un verso de Longfellow!

IV

Par le morne silence vespéral
voltigent doucement les hirondelles;
le mouvement rythmique de leurs ailes
fait dans l'Azur un rêve musical.

Sur un bois féerique de tourelles,
la lune semble un disque de cristal
entre un frisson de nacre et d'étincelles,
et verse dans la brume un pleur idéal.

Luisent énigmatiques les étoiles;
comme des souvenirs, passent des voiles,
et vont vers l'horizon d'un air joyeux

—Ainsi que mes regrets et ma tristesse,
quant vous me souriez, plongent sans cesse
dans l'abime bleuâtre de vos yeux...

XAVIER DE XIMENEZ.

Guatemala.

LA OBRA DE VAZ FERREIRA

No de otra manera ha de ser considerada la realización de Conferencias, que en el salón de actos públicos de nuestra Universidad, tiene a su cargo, el Dr. Carlos Vaz Ferreira.

Puédese decir que, como ésta, ninguna otra mejor justificada institución de cultura, existe entre nosotros.

Lo confirma así una exacta apreciación de la obra, su género, las enseñanzas que la constituyen, su eficacia, desde el punto de vista de las influencias, que son, en la obra del Dr. Vaz Ferreira, provocadoras de interés, «removedoras, excitadoras del espíritu,» valgan los calificativos del mismo maestro, aplicados a otros autores.

Ningún otro conferencista que tenga en tan alto grado la virtud de interesar, por la sola índole de los asuntos que trata.

Se está frente a un caso notable de uniformidad del interés central de las almas por las cuestiones de espíritu y de pensamiento, frente al caso de este maestro y su auditorio.

A todos interesa por igual sus temas elegidos; a todos por igual emociona profundamente su comentario ilustrativo, hecho con palabras de tal naturaleza expresiva, que de tal modo forman un todo orgánico con el pensamiento, que, sinceramente, pensamos, aún no se ha dado entre nosotros, otro conferencista de tan eminente facultad comunicativa.

Cuestiones «vivas», cuestiones que corresponden a una aspiración de saber común a todos, que en unos yacen latentes, en otros, despiertos; son, en efecto, todas y cada una de las lecciones del maestro.

Característica también apreciable del conferencista, es la de ser, nó un creador de doctrina, sinó un filósofo comentarista y crítico.

Con referencia a esta modalidad analítica de Vaz Ferreira, dícese por algunos, que es un intelectual poco o nada afirmativo.

Sin duda.

Pero ello, precisamente, importa todo lo contrario de un defecto, como lo suponen quienes hacen la observación.

Porque, aparte de que no necesitamos de doctrinarios que aumenten el cúmulo enorme de doctrinas existentes, bastaría oponer al reparo, que el progreso intelectual indiscutible de nuestra época moderna, se ha realizado a favor de los espíritus críticos, que en vez de hacer doctrinas y de ocuparse de la sustitución de las infinitas soluciones ya dadas a los problemas ideológicos conocidos, se han concretado a revisar aquellas y éstas, a verificar su valor, a discutirlas, a esclarecerlas, a iluminarlas, procurándonos como resultado de tal labor analítica, fórmulas mas sencillas y exactas de las cuestiones de pensamiento, y lo que es más importante, procurando la accesibilidad a ellas, hasta a las inteligencias de nivel común.

Esto último, sobre todo, debe remarcarse, por ser resultado precioso de difusión de la alta cultura, que por sí solo prestigia en alto grado la obra de los espíritus críticos.

. . . . . .

No hay espíritu ajeno a las cuestiones trascendentales de religión y sociología.

Todos, en mayor o menor grado, sino piensan, por lo menos sienten dichas cuestiones.

Ahora bien: ¿cuántos son los realmente capacitados, no digo ilustrados, para tener de ellas un exacto concepto ?. Muy pocos.

Si la obra que realiza el Dr. Vaz Ferreira, consiste en ilustrar sobre dichas cuestiones, en dar y esclarecer conceptos relativos a ellas, en guíar por los más intrincados dominios de los más difíciles problemas del espíritu e ideológicos, que, sin embargo, nos interesan de una manera altamente inmediata... dicho esto, dicho está lo que importa tal obra, y cuánto interesa su mayor difusión, la mas ámplia proyección de sus enseñanzas en nuestro ambiente social.

Muy satisfechos de haber escrito estas líneas, nos sentiríamos, si ellas, que se resienten de presentación literaria, concurriesen aunque fuese en insignificante proporción, a tal fin del mayor conocimiento y simpatía hacia la obra cultural del Dr. Vaz Ferreira, por la que sentimos una profunda atracción admirativa, debida tanto a sus enseñanzas, como en altísimo grado a la personalidad espiritual singularmente cautivante del maestro.

CONRADO BLANCO.

ORACIÓN INFANTIL

(a Rodó)

Bien amado Maestro que poblaste de encanto
el lenguaje sonoro de tu bella canción,
te saludo de hinojos con el verso de un santo
homenaje que surje desde mi corazón.

Yo quisiera, Maestro, loarte con un canto
que fuera como un rezo de infantil oración,
todo lleno de pena, de dolor y de llanto
por todas las angustias de mi desolación.

Porque todo en tu ausencia, desde que tú te fuiste,
en la patria está obscuro y en la escuela está triste,
¡ Maestro ! que eras lumbre de amor y de bondad.

Tu memoria en el alma de la raza no muere,
porque todo en España y en América quiere
que seas el Cervantes glorioso de esta edad !

JOSÉ PEDRO BASTITTA.

GLOSAS DEL MES

Olavo Bilac,

Hacen apenas dos meses rendimos en estas mismas páginas de «Pegaso», un alto homenaje intelectual, de simpatía y de admiración, a Olavo Bilac, «príncipe de los poetas brasileños,» gran señor de versos ardientes, «a la fois poète et citoyen,» como aquel otro lejano poeta de Francia.

Sobre la mesa de trabajo, una carta ha quedado escrita, y un ejemplar de «Pegaso», a Bilac dedicado, esperaba el correo trasatlántico, para llevarle la juventud de nuestro saludo, como si desde aquí, a la orilla del mar «saudoso e triste,» le agitáramos, en la cariñosa alegría de un reconocimiento, el clásico pañuelo blanco de los viajeros.

La muerte, ha caido como un telón, entre nosotros,—y Olavo Bilac se ha ido para siempre, con hondo duelo y desconsuelo nuestro.

Las letras americanas,—y las lusitanas también,—se enlutan y se entristecen para mucho tiempo: ha enmudecido otro ruiseñor más: otra lámpara más se ha apagado.

***

En la literatura brasileña, Olavo dos Guimaraens Bilac, fué el Rubén Darío de la renovación. Nació el 16 de Diciembre de 1865 «bajo una estrella de sangre,» dijo él en Buenos Aires en 1910. Académico de derecho, primero, y de medicina después, no terminó ninguna de las dos carreras universitarias, dedicado a estudiar la carrera de la vida en él pupitre de la escuela y en la tribuna del periodismo. A los veinte y tres años publicó en San Paulo su tomo de «Poesias,» que reeditó después en Río Janeiro. El culto de la forma, la maestría de la estrofa, la aristocracia del concepto, la manera francesa, le hicieron proclamar el príncipe de los poetas de la juventud,—cuando Alberto de Oliveira hacía parnasianos cuadros antiguos y Raymundo Correa triunfaba con aquellos sonetos de la fascinación y de las palomas.

En el vuelo de los años, Bilac, como Oliveira y como Correa continuó cincelando versos musicales, con el afán—él lo dijo—«de hacer labor tan sutil, que recuerde un vaso de Becerril.» Al mismo mármol

de carrara, prefirió el ónix y el cristal,—y en «el verso de oro engarzó la rima como un rubí.» Fué el maestro aristocrático, galante, rubendariano, del verso y de la prosa: el lírico maestro que palpitó en el espíritu del aire, haciendo sentir la garra de su quimera a toda la juventud recién llegada.

En compañía de Coelho Netto y de Machado de Assis, Bilac inició en el Brasil, una manera periodística de la que fué maestro también: la nota ligera, el comentario espiritual, breve y leve, original y elegante, derrochado sin tasa en las columnas preferidas de «A Notizia» y «O Jornal do Comercio». Con Oscar López fundó en Río la «Sociedad Brasileña de Hombres de Letras,»—que alcanzó las proporciones de un ilustre senado del talento. En «O Jornal do Comercio» Bilac instituyó «la hora literaria,» todos los sábados, de cuatro a cinco de la tarde.

Humilde maestro de escuela, luego de ser el primer poeta de su tiempo, subordinó su vida al culto de la patria brasilera, dándose enteramente, como podía haberlo hecho Joaquín Nabuco o Ruy Barboza, a la acción vibrante de su patriótica propaganda en pro del servicio militar voluntario. Y sus discursos y conferencias, su oración a la bandera del Brasil, sus cantos escolares, su palabra escrita y hablada, estado por estado, le valieron una verdadera apotéosis nacional.

Poeta, maestro de escuela, orador, periodista, misionero, cumplió su destino, aunque se haya ido demasiado temprano todavía.

Su muerte desconcierta,—el corazón que le amó entre el tumulto del mundo, se pregunta que será ahora de las estrellas cuando la busquen y no le encuentren:—que será de su hermano el ruiseñor que en la noche de plata vendrá a visitarlo sin hallarlo:—que será de los viejos árboles y de las rosadas rosas que ya no le verán más.

La emoción de su muerte ha volado en el quieto crepúsculo con un vuelo abierto y ancho de grandes alas.

Hagámosle un hondo duelo de esperanzas y labores, que ya se encargará la naturaleza de colocar sobre su tumba aquel nido de pájaros que pedía Gabriel Muñoz para la suya.

TELMO MANACORDA.

Dichosos abuelos....

Londres, 28. — «El presidente Wilson empleará el día de mañana en ir a visitar la casa de sus abuelos, en Carlisle.
Telegrama de los diarios.

Presidente de los Estados Unidos, factor decisivo en la guerra y en la paz, mas poderoso que cualquier rey, Tomás Wilson Woodrow que así es su verdadero nombre en forma castellana: nombre, apellido paterno y apellido materno—tiene un recuerdo para la casa de sus abuelos, siente el nido, siente sus ascendientes y siente su tradición, su sangre y su humildad originaria.

No sin motivo se le ha juzgado, unánimemente un hombre superior, a este hombre que abre un paréntesis en su itinerario triunfal y deja de ser un día «huesped real» de la formidable Inglaterra, para consagrar ese día al culto de los abuelos, que no fueron ni ricos ni nobles.

Que lección y que verguenza, digo, para los que—y aquí hay tantos !—esconden el abuelo emigrante, el gallego o el gringo que vienen tan cerca—ahí no mas—o al criollo viejo tronco ordinario de la cepa

Restar un día a los mayores honores que se pueden dispensar a un mortal para ir a un rincón de Carlisle, donde vive el recuerdo de los abuelos, la cama donde nació el padre, el árbol que les dió sombra y la chimenea que juntó, en invierno, a toda la buena gente que se fué.

Que enseñanza y que vergüenza para los que vendieron apresuradamente el solar o la chacra «del viejo»—porque no daba buena renta, y buscaron, festinantes, el que viniera a arar en el jardín de la madre, y buscaron—pronto, pronto !—quién viniera a talar, para leña, el paraíso que plantó el abuelo y a cortar la parra, un poco abrasada, que el padre podó y cuyos racimos violetas de una vala, solazaban a la vieja de pañuelo en la cabeza...

***

Consuélame pensar que siempre reivindiqué y llamé a mérito para mi, mi abuelo asturiano, marinero del Cantábrico agrio, mi padre que trabajó toda su vida, mi abuelo criollo que fué humilde soldado y se tostó en faenas de campos antes de ser jefe, mi abuela criolla que amasaba blanquísimo pan y hacía quesos con la leche que ordeñaba de sus vacas.

Lástima, mi corazón —me dijo, pensando en Wilson— que yo no pueda, en mi insignificancia anónima, ahora que proyecto ir a mi pueblo, ir a consagrar un día a la estancia de mis abuelos ni a la

casa de mis padres donde me hice hombre. Arrasadas, deformadas, profanadas y deshechas, por gente extraña, y por lo tanto impía, me consuela, al menos, que se entregaron llorando, cuando fué necesario sacrificarlas «al bajo precio de la necesidad».—J. M FERNÁNDEZ SALDAÑA.

Los ciegos.

Se ha criticado que en el «Instituto de Ciegos,» se hiciera una fiesta deslumbrante de luz el día de Navidad. Cierto es que dicha fiesta tenía como fin primordial el de arbitrar recursos para esa benemérita institución y que, a mas de las luces, fé-ericamente encendidas, había infinidad de esparcimientos en los cuales los ciegos podían también participar.

Pero,—se dice,—hay una especie de perversidad en poblar de lamparillas eléctricas y multicolores farolitos venecianos, un lugar en donde recluidos están precisamente los únicos seres que no pueden admirar los encantos del color y de la luz. Eso solo servirá para avivar mas el dolor de su irremediable desventura.

Ahora bien: ¿es esto cierto?. Nosotros creemos con sinceridad que no. Quienes piensan así son hombres a quienes, a sin duda, el espectáculo fantástico deslumbró y se colocaron *literariamente* en la situación de los que, estando allí, no pudieran admirarlo a su vez.

Pero si hubieran sido en realidad asilados del Instituto: ¿hubieran pensado del mismo modo?

He ahí el problema colocado en sus verdaderos términos. El sentimentalismo nos lleva amenudo mas allá de la verdad y si se hiciera una encuesta entre los pupilos de esa institución, estamos seguros que todos ellos desearían que la fiesta se repitiera, porque es muy posible que entre aquel deslumbramiento de luz que la mayor parte de los asilados percibirían vagamente, pues la ceguera absoluta es bien rara; entre aquella algarabia infantil, entre todo aquello que ponía una nota de novedad en la triste rutina de sus días, hubieran hallado precisamente un poco de luz para su noche, es decir lo contrario de lo que se imajina.

De donde resultaría que pretendiendo ahorrarles un dolor, se les privaría, en realidad de un placer.

No tan airadamente se habla también de sedas y brocatos, de flirt, de mundanas opulencias que se consideran reñidas con la severidad dolorosa de la morada: ¿pero no se sabe todavía, que sin luces, sin diversiones, sin aparato, sin escenario en donde se puede desarrollarse un acto de la frívola comedia humana, fracasa toda caridad, así sea la que tiende a aliviar el mas temido de los infortunios?... — JOSÉ MARÍA DELGADO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«Griselda, leyenda dramática, — POR MOISES KANTOR. — La Plata 1918.

Estamos seguros de que el público que suele concurrir a los teatros donde se representan obras nacionales, no soportaría esta pieza bella y sugerente, que encierra un magnífico símbolo. Kantor hizo ya otro trabajo escénico, «Noche de Resurrección» editada por «Nosotros». En esta leyenda aparecen figuras tan opuestas como las que denomina el autor El Monstruo, el Franciscano, La Bruja y Griselda, criatura virginal que transforma, con su amor de mujer, al propio genio maléfico. Revela esta breve producción a un artista y a un infatigable lector. Seduce la galanura de aquel y se impone, en el fluido y esmerado diálogo, el hombre que abrevó en escritos como «Cántico del Sole» e «Il Foco» de San Francisco de Asis. Hay en «Griselda» inconfundibles momentos, que la imbecilidad de nuestros cómicos acaso degenerara. Por eso nos parece bien que Kantor se haya conformado con imprimir la obra. — V. A. S.

«Flor de Durazno». Novela por HUGO WAST — P. OLLENDORFF editor. — París — 1918.

He aquí un libro francamente malo, por mejor voluntad que se tenga al juzgarlo. Sin embargo lleva ya varias ediciones. Martínez Zuviría lo ha concebido mal y hubo de realizarlo peor. Fábula vulgar, pésimamente conducida; desaliñado estilo; diálogos triviales; sentimentalismo cursi; tipos borrosos, cuándo no calcados de malas novelas que solían publicarse hace medio siglo. No parece hermano de «Valle Negro», que peca de afectado en su lenguaje, bello libro en ocasiones, ni de «La casa de los cuervos,» de mediocre prosa, pero con intensa dramaticidad. «Flor de durazno» merece bien las censuras que ha recibido el autor a raíz de la publicación de «Valle Negro» Son injustos los críticos con esta producción, que tiene valores artísticos innegables. Pero el autor de «Flor de durazno,» libro para horteras y modistillas, merece que se le vapulee, a fin de que no reedite luego esas sensiblerías que nos han hecho indignarnos hace poco, y que se llaman «Bombarda» y «La huelga», de un reaccionarismo estúpido, como casi todo lo interesadamente burgués. —V. A. S.

«Los Inválidos. — CUENTOS DE R. FRANCISCO MAZZONI — Cooperativa «Nosotros» — Buenos Aires — 1918.

No nos convence del todo este libro, que evidencia, sin embargo, la pluma de un escritor honesto. Empleamos este adjetivo cómo antítesis de falso, de exhibicionista, de pedante. Mazzoni ha compuesto sus cuentos con cariño, en horas robadas a la tarea cotidiana. No es un profesional; bien se advierte. Por eso pudo dejar de disciplinarse, ganando en intensidad lo que se sacrifica en extensión, cosa que le sucede a muchos de los que escriben en revistas y periódicos callejeros. El atildamiento de los párrafos quita frescura y pone frialdad en el lenguaje. Quire ser realista Mazzoni y no lo consigue. Intenta sonreir y el mohin es rígido. Y, por encima de todo, falta en «Los Inválidos» dominio de la técnica. El cuento es género sobradamente difícil, pero si se lo propone este jóven profesor del Liceo de Maldonado, será él uno de los pocos que lleguen a dominarlo, en nuestro ambiente. «Los Inválidos» supone ya un gallardo anticipo. Esperamos otra obra que afirme la personalidad insinuada.
—V. A. S.